

Freud describe el ceremonial que tiene lugar dentro de las cuatro paredes del consultorio con las siguientes palabras: “Entre ellos no ocurre otra cosa sino que conversan”...”El analista hace venir al paciente a determinada hora del día, lo hace hablar, lo escucha, luego habla él y se hace escuchar” (S.Freud, 1926^a)

Es cierto que estar acostado en el diván, sin ver al analista y bloqueada la motricidad, facilita el desplazamiento de la energía pulsional hacia la palabra, que es el instrumento privilegiado del análisis. Pero también es cierto que allí ocurren otras cosas y que la llamada “asociación libre” no es meramente intelectual sino también afectiva, por lo que hay una circulación de libido en ambas direcciones. El paciente habla de sí mismo, de cosas muy personales e íntimas, haciendo una entrega de lo que más valora de su ser; a partir de ahí las cosas más importantes de su vida las va a compartir con su analista. La neurosis ordinaria va a dar lugar a una nueva neurosis que está entre el paciente y el analista, es decir, una neurosis de transferencia. Ese desplazamiento es la transferencia, que es amor, porque sin amor no se produciría esa entrega.

Y ¿qué hace el analista? Recibe la transferencia, aceptando compartir los sueños y los padecimientos del paciente. El analista no pone sólo su saber al servicio del paciente; se ofrece todo él como caja de resonancia, en cuerpo y alma. El psicoanálisis no es una actividad confortable y hay que ser capaz de angustiarse y sufrir con el otro sin ceder sobre su deseo, como dice Lacan. Esta entrega recíproca es ineludible. Este amor sublimado, está al servicio de una tarea, de un psicoanálisis que no es una cura por amor ni una mera experiencia emocional; es fundamentalmente una experiencia de palabra en la que se produce un saber.

Pero de palabras vivientes y significantes, no de palabras muertas. S.Leclaire dice que en un comienzo escuchamos las palabras del otro como la música de una lengua extranjera, su sonoridad, su ritmo, el timbre, las modulaciones de una voz que las canta y nos llama. Piensa que es por esas vías que podemos apasionarnos por el canto de ópera, porque revivimos las emociones primeras del encuentro con las palabras, que nos llega por la voz que las canta y reconocemos la boca que las modula, los ojos que esperan respuesta.

Si el niño puede reconocer palabras, repetirlas, intentar de hacerlas suyas cantándolas a su vez, para reinventarlas y armonizarlas a su manera, es que ellas han sido proferidas sensiblemente y dadas en una polifonía de sentidos, de pasiones y de deseo donde el niño puede encontrar sus señales (S.Leclaire, 1994)

Freud le fue dando cada vez más importancia al amor. En la versión de los *Tres ensayos* de 1905 hacía una separación neta entre las pulsiones parciales y el amor. Ponía de un lado a las pulsiones sexuales, parciales y parcializantes, cuyo objeto no es más que un subrogado en sí indiferente e intercambiable, y del otro lado la corriente del amor, caracterizada por la sobreestimación de un objeto determinado.

Entre 1910 y 1917 escribe *Contribuciones a la psicología del amor* y en 1914 introduce el narcisismo. *Observaciones sobre el amor de transferencia* es de 1915. Con el narcisismo, el Yo deviene el mediador entre el objeto de la pulsión sexual y el objeto de la elección amorosa.

La segunda teoría freudiana del amor y de la pulsión sexual es planteada en *Más allá...* Es diametralmente opuesta a la de 1905, puesto que reagrupa el amor y la pulsión bajo la noción de Eros, que se apoya sobre el narcisismo, ya no sobre el autoerotismo. Define a Eros como la energía de las pulsiones relacionadas con todo lo que se puede agrupar como amor, de manera que la sexualidad pasa a ser una de las pulsiones integradas en las pulsiones de amor. En este marco, la pulsión sexual es redefinida como proceso unificador y no parcializante, opuesto a la fragmentación de la pulsión de muerte.

Quiere decir que los dos términos, hasta entonces distintos, se confunden en el concepto de Eros, que es el aspecto más estructurado de la pulsión y que pasa a ser la referencia central. El papel fundamental es conferido al amor como fuerza de cohesión, cuya meta es la ligazón y la conservación del vínculo con el objeto, que pasa a primer plano.

Pasan a ser fundamentales las pulsiones sexuales de meta inhibida, que es un grado intermedio entre las pulsiones sexuales y las pulsiones sublimadas. Ya no se trata, entonces, de la sexualidad traumática y enigmática de los comienzos. Es una sexualidad de meta inhibida que ya no escandaliza a nadie; es sexualidad tierna, vinculada con la amistad, el amor conyugal, etc. La finalidad de esta sexualidad ya no es únicamente la de obtener una satisfacción, sino la ligazón y la conservación del vínculo con el objeto. Significa reconocer que la psicosexualidad tiene un papel organizador, aunque también puede ser desorganizadora cuando no está del lado de Eros.

Freud decía que para los antiguos lo importante era la pulsión misma, en cambio, hoy lo importante es la persona hacia la que se siente la atracción sexual. Es el camino que él mismo recorrió desde 1905 a 1920.

Estos cambios no dejaron de repercutir en la valoración de la sexualidad, como ha sido notorio en distintas corrientes del análisis postfreudiano, en que lo valorado pasó a ser la pulsión de muerte, que es el enemigo a combatir. La sexualidad, que en los comienzos era la madre de todos los conflictos, pasó a ocupar un lugar tan secundario que A.Green, no hace mucho, tuvo que escribir un artículo titulado *¿La sexualidad tiene algo que ver con el psicoanálisis?*

J.Laplanche trató de recuperar a la sexualidad traumática y enigmática de la primera época planteando que toda pulsión es sexual y estableciendo a partir de ese monismo un dualismo entre sexualidad de vida y sexualidad de muerte.

Para organizar esta exposición, comenzaré por diferenciar el amor del deseo y el amor sensual del amor tierno, tratando de discriminar el sentido de estos tres términos estrechamente vinculados entre sí.

El deseo y el amor

El deseo, en psicoanálisis, no es la expresión consciente de una búsqueda orientada hacia una meta. Es deseo inconsciente, lo que significa que el sujeto desconoce lo que

desea, que sólo se manifiesta disfrazado, deformado, o velado. Por ser inconsciente, es el deseo más intenso y persistente y el que aporta la energía para realizar las diversas actividades de la vida. La búsqueda del objeto deseado está orientada por la evocación alucinatoria de un objeto vinculado a una experiencia de satisfacción que ha dejado una huella y que trata de ser reiterada. Es por ello que Freud afirmó que encontrar un objeto sexual no es más que una manera de reencontrarlo (S.Freud, 1905) Esto significa que el sujeto enfrenta la realidad como un ser deseante y no como alguien que se amolda a la misma. La subjetividad está apuntalada en el deseo que opone al mundo. El sujeto no enfrenta el mundo con la conciencia sino con su deseo.

Freud dice en *La negación* (S.Freud, 1925) que el objeto debe ser perdido para ser deseado y buscado. El objeto es perdido pero está representado. En la represión primaria la pulsión se liga a un representante psíquico del objeto; el objeto real cae bajo los efectos de la represión en el mismo momento en que es sustituido por su representación en el psiquismo, que es la que orientará la búsqueda; ya no se trata de encontrar un objeto sino de reencontrar a ese objeto.

De lo dicho anteriormente se desprende que la relación con el objeto perdido debe estar constituida en lo psíquico, pues es la clave de las sucesivas investiduras de subrogados del objeto originario, es decir, de la metonimia del deseo. La ausencia, la pérdida, posibilitan la existencia de este objeto para lo psíquico. Y el sujeto mismo se constituye en ese proceso de pérdida del objeto y de representación del mismo.

El deseo, aunque vinculado al cuerpo, está más relacionado con la vida fantasmática que con un objeto real. Es el movimiento mediante el cual se trata de reencontrar lo perdido bajo la forma de la satisfacción alucinatoria, que es el modo en que el sujeto se representa lo que le falta. La satisfacción queda ligada a ciertas representaciones que determinan la configuración del deseo, que se despliega en el espacio de las fantasías.

El amor y el deseo están estrechamente relacionados, pues no hay amor que no esté subordinado a los efectos del deseo inconsciente. Pero el deseo sexual y el amor no buscan lo mismo, ya que el deseo busca su satisfacción y el amor busca ser uno con el objeto. El amor y el deseo pueden también disociarse, como ocurre en el caso de aquellos hombres que no pueden desear a la mujer que aman y no aman a la que desean.

El amor y el deseo pueden oponerse entre sí. En *Tres ensayos* Freud dice que el exceso de ternura por parte de los padres resultará dañino para el hijo, pues lo hará incapaz de renunciar temporariamente al amor en su vida posterior. El niño se vuelve insaciable en su demanda de ternura y terminará contrayendo una neurosis. Si la madre pretende colmar esa demanda de amor excesiva encierra al niño en un vínculo de amor en el que ningún deseo puede emerger. Es este caso, el amor ahoga al deseo.

El amor sensual y el amor tierno

El extender el concepto de sexualidad, hizo que Freud utilizara los términos amor, erotismo y sexualidad de manera indistinta. Cuando se refiere al enamoramiento y la hipnosis en *Psicología de las masas y análisis del yo* (S.Freud, 1923) plantea una distinción entre el amor sensual y el amor tierno. Dice que el primero no es más que una investidura de objeto encaminada a lograr una satisfacción sexual directa y que desaparece con la consecución de este fin. El valor afectivo del objeto es momentáneo,

sin otro propósito que el de alcanzar una descarga inmediata. En el amor tierno, en cambio, el valor afectivo del objeto ya no es momentáneo sino continuo.

El factor fundamental que incide en la transformación del amor es la interdicción del incesto, a partir de la cual el niño permanecerá ligado a sus padres con impulsos coartados en su fin. El amor tierno se desarrolla, en parte, a expensas del impulso sexual, que es desviado de su fin y convertido en tendencias sentimentales. En *Pulsiones y destinos de pulsión* sostiene que el amar no debe ser concebido como si fuera una pulsión parcial de la sexualidad entre otras. La pulsión no ama, es el Yo el que ama al objeto.

En *Acerca de una degradación general de la vida erótica* (1912) Freud dice que la sexualidad humana está limitada por prohibiciones, pero lo está fundamentalmente porque en la naturaleza misma de la pulsión existe algo desfavorable a la realización de la plena satisfacción. Quiere decir que la satisfacción aparece como problemática. El hecho de que el objeto primitivo del deseo —la madre— haya sido inaccesible, le permite explicar esa pérdida de goce por la relación con ese objeto imposible.

La insatisfacción sexual adquiere un sentido al reorganizarse culturalmente en el mito edípico. La prohibición del incesto convierte a la insatisfacción en un conflicto entre el deseo y la interdicción. Entonces, la parte de goce perdido se vuelve goce prohibido por la ley paterna. Las cosas no son tan sencillas, porque si bien el hombre se preocupa por tener el objeto que puede satisfacerlo, como dice Freud, también trata de mantener cierto nivel de insatisfacción, que asegure la continuidad del deseo. Como el deseo surge de la interdicción, el amor va a orientarse hacia el padre, que es el agente de la misma (R.Chemama, 1995)

El acatamiento de la interdicción del incesto consolida el vínculo con el otro una vez que se ha establecido la separación. Como he dicho antes, el deseo surge al ser experimentado el objeto como perdido. Si en lugar del reconocimiento de la pérdida se produce una desmentida de la misma a través de la identificación con el objeto, que permanece al nivel del narcisismo, la investidura del objeto se verá interferida.

Las dos partes del objeto

En el *Proyecto de psicología* Freud (1895) plantea que todo saber proviene de la percepción externa, que permite distinguir la “cosa del mundo” de sus atributos o propiedades. Si el objeto de la percepción es un prójimo, éste se separa en dos componentes, una ensambladura constante, no comprensible, que se mantiene reunida como una cosa del mundo (Ding) y otro componente variable, que es comprensible en la medida que podemos relacionarlo con vivencias, sensaciones e imágenes de movimientos de nuestro propio cuerpo.

Los complejos perceptivos se descomponen, entonces, en una parte inasimilable, que son restos que se sustraen al proceso, lo que Freud llama la cosa del mundo, y una parte comprensible para el Yo en virtud de su propia experiencia, que son las propiedades o movimientos de la cosa. Dicho en otros términos, en esa primera aprehensión de la realidad, el objeto se separa en dos partes: todo lo que en el objeto puede ser formulado como atributo, cae dentro de la psique, que es el lugar de la cualidad, mientras que la

otra parte, que permanece unida como cosa y cubierta por sus atributos, es el elemento aislado en el origen por el sujeto como siendo extraño por naturaleza.

El interés que tienen estas precisiones es que complican el concepto de representación, que no es algo claro y simple, sino bastante complejo, al punto que Freud habla de un “complejo perceptivo”.

En su Seminario sobre *La ética del psicoanálisis*, Lacan hace una relectura del *Proyecto de psicología*, entendiendo de una manera un poco distinta la separación del objeto en dos partes. Señala que al objeto lo vemos emerger en una relación narcisista, relación imaginaria a cuyo nivel el objeto es intercambiable con el amor que el sujeto tiene por su propia imagen. La noción de objeto es introducida en esta relación de espejismo, en la que el objeto puede llegar a confundirse con la imagen del Yo. Pero este objeto no es el mismo que es causa del deseo, que no es especularizable ni puede ser integrado por lo simbólico. Establece así la diferencia que existe entre el objeto tal como está estructurado por la relación narcisista y *das Ding* (la Cosa)

La Cosa es el primer exterior, la primera no-poseción, que es algo extraño y sentido como hostil; es el polo de atracción y de repulsión, y el término alrededor del cual gira todo el movimiento de la representación, gobernado por el principio de placer. La Cosa es el otro absoluto imposible de alcanzar, del que se desprenderá el objeto del deseo, que es lo que se trata de volver a alcanzar.

Lacan relaciona la Cosa con la madre y dice que lo que encontramos en la ley del incesto se sitúa al nivel de la relación inconsciente con *das Ding*, la Cosa. El deseo por la madre no podría ser satisfecho pues es el objeto prohibido por la ley del incesto. La función del principio de placer consiste en hacer que el hombre busque siempre lo que debe volver a encontrar, pero que no podrá alcanzar; allí yace lo esencial de esa relación que se llama la ley de interdicción del incesto (J.Lacan,1959-60).

Que lo extraño e inasible del objeto provoque sentimientos de angustia y de rechazo a la vez que despierte la máxima atracción y esté en el origen del deseo, se comprenderá más fácilmente si la Cosa nos lleva a pensar en la madre y en la atracción y el horror al incesto. En otro orden de cosas, C.David (1971) subraya que lo paradójico de estas experiencias es que lo diferente como tal viene a representar tanto lo que ha sido excluido de la conciencia por la represión como lo que ha sido rechazado del juicio por la negación; o sea que tanto en un caso como en el otro se trata del deseo inconsciente. Lo que ha sido excluido equivale entonces a la pérdida de algo de sí mismo, por lo que resulta que esta alarmante extrañeza ejerce al mismo tiempo sobre nosotros una atracción y hasta una fascinación.

El amor y el narcisismo

Un problema del amor es que a veces no se sabe si amamos a otro o si a través de él nos amamos a nosotros mismos. O sea, que amamos para sentirnos amados. Freud encontró que hay dos tipos de elección de objeto; una es narcisista, orientada según el modelo de la propia persona, es decir, hacia lo que uno es, lo que ha sido o lo que hubiera deseado ser, en cuyo caso el amor queda capturado en el plano imaginario especular y es un amor a lo mismo, pues se busca a sí mismo como objeto de amor. La otra forma de elección se hace por apuntalamiento, según el modelo del objeto. El amor en este caso

se apoya en experiencias de satisfacción, de manera que la elección se orienta en el modelo de la mujer que cuida y alimenta o del padre que protege. Es un amor a lo otro (S.Freud, 1914)

El amor es narcisista en la medida que es demanda de ser amado y pone al objeto en el lugar del Ideal del Yo, tratando así de cristalizar una imagen ideal de sí mismo. El objeto sobreestimado devuelve al Yo una imagen ideal pero siendo otro. El abrazo amoroso parece cumplir por un momento el sueño de unión total con el ser amado, que a pesar de eso sigue siendo otro. El amor es un acto de desprendimiento libidinal al mismo tiempo que una restitución de la completud narcisista perdida, viniendo el objeto a sustituir a un ideal propio no alcanzado. J.Kristeva (1983) dice que el enamorado es un narcisista que tiene un objeto, de manera que concilia, de hecho, el narcisismo y el vínculo con el objeto, que es un otro.

El amor se despliega en ese espacio entre el objeto especular, narcisista, y el objeto reconocido en su alteridad, que por ser ajeno desencadena el impulso hacia lo que apetece tener. No podríamos amar a un marciano ni tampoco a alguien idéntico a nosotros, pero la búsqueda de lo semejante es menos decisiva que la atracción de los contrarios. André Gide decía de su mujer: “Y cómo se necesita siempre del amor para comprender lo que difiere de uno” (Citado por R.Barthes, 1977). Añade Barthes que no es cierto que cuanto más se ama mejor se comprende. El otro no es para comprenderlo y su opacidad no es la pantalla de un secreto sino una especie de evidencia, en la cual se anula el juego de la apariencia y del ser. Queremos poseer o queremos comprender a la persona amada pero, en verdad, amamos a alguien inasible e incomprensible.

Hay una oscilación de la libido entre el objeto y el propio Yo, lo que significa que la libido narcisista puede transformarse en libido objetal o que, a la inversa, la libido objetal puede regresar al narcisismo. He ubicado el amar en esa oscilación entre el amor a lo mismo (narcisismo) y el amor a lo otro (libido objetal)

En la libido narcisista la tendencia a la identificación hace que la imagen del yo y la del objeto se confundan y traten de conformar una unidad. En el amor posesivo el otro es diferente del Yo, por lo que se trata de dominarlo y anularlo, sobre todo en lo que tiene que ver con su deseo, que es revelador de la falta. Sólo la libido de objeto tolera la alteridad y la falta, puede soportarlas y sostenerlas sin que le resulten insufribles. La alteridad, desde que deviene causa del deseo, refuerza la solidez del lazo con el objeto; su ocultamiento, en cambio, incrementa el aspecto narcisista del amor.

El amor y el odio

A pesar de su mala fama, el odio no es destructivo en sí mismo, dado que interviene en la constitución del objeto y asegura su permanencia. Si el amor une, el odio separa y al hacerlo individualiza tanto al objeto como al sujeto. Sin el odio el objeto amado no podría ser reconocido como otro, y el amor no sería más que confusión.

Frustraciones y prohibiciones marcan también la frontera y dan forma a la identidad propia y la del otro. La desmentida de la alteridad, en que la diferencia del otro es abolida, sirve para negar los sentimientos ambivalentes de amor-odio. Pero, en realidad, lo contrario del amor no es el odio sino la indiferencia, que es tan negativa como la desintrincación del odio con el amor. El complejo de Edipo consiste en un trabajo de

ligazón del odio con el amor, experimentado como el más fuerte, y también es un trabajo de individuación, pues permite encontrar una distancia justa entre el otro y uno mismo, constituyendo una frontera (N.Jeammet, 1989) La identidad se constituye a través de las identificaciones a que da lugar el sepultamiento del complejo de Edipo. La elección de objeto culmina con la elección sexual realizada en la vida adulta, que comporta una relación duradera con el objeto.

El amor no da nada

La escritora argentina Paola Kaufmann recuerda que O.Henry contaba una historia sobre una pareja de amantes jóvenes y pobres que, por hacerle al otro un regalo de Reyes importante, venden lo más valioso que poseen: ella se corta el cabello para comprarle a él una cadena de oro para su reloj, mientras que él vende su reloj para comprarle a ella una peineta de carey para su cabello. La moraleja final parecería ser – dice-- que los grandes actos de amor son en esencia inútiles.

Esta es una historia ejemplar para mostrar que el regalo de amor –que todo regalo de amor—no es regalo de algo útil o que tenga una finalidad práctica. El objeto regalado representa lo más valioso que los jóvenes poseen y es un símbolo del amor que los une. Un símbolo del amor no es nada más que eso, un símbolo, es decir, nada. Si se lo reduce a un objeto útil, concreto, se le quita todo valor simbólico.

El gesto amoroso del regalo está apoyado en un sistema significativo de apreciaciones más que en un objeto material determinado. Repitémoslo: el objeto donado no debe responder a ninguna necesidad, a ninguna utilidad. Tiene una función de ofrenda y de vínculo entre los amantes. El objeto queda desbordado por la muestra de amor que el don expresa, de manera que la expresión del don comporta al mismo tiempo la disolución del objeto donado, que es sublimado, por lo que en verdad el don no da nada concreto sino que es puro don, don en estado puro. Sólo queda el gesto de ofrecer, que presenta lo que ningún objeto, sea útil o inútil, podría representar (C.Sopena, 1989)

Enfermedades del amor

a) Los celos

No hay peor tormento para el enamorado que el de los celos. La incertidumbre incrementa el afán posesivo del celoso, que termina por convertir a la persona amada en un objeto de su propiedad que podría serle arrebatado.

Freud consideró que los celos son un estado afectivo que, como el duelo, puede ser llamado normal. Diferenció los celos normales, de competencia, de los celos proyectados y los delirantes. En los celos proyectados, un deseo de infidelidad puede ser atribuido al partenaire, o pueden ser el efecto de un deseo homosexual reprimido. “Yo no soy quien le ama, ella le ama”. El interés por el rival pasa aquí a primer plano. Los celos delirantes se manifiestan en paranoicos, en los que hay una elección narcisista de objeto; el rival es un doble de sí mismo que antes fue amado. Es el caso del protagonista de la película *El*, de Buñuel.

En la novela *Un amor*, el escritor italiano Dino Buzzati narra el enamoramiento del arquitecto Antonio Dorigo, de 49 años, de Laide, una prostituta de 20. A Antonio, tal vez por su educación familiar, la mujer siempre le había parecido un ser extranjero; con una mujer nunca había tenido la misma confianza que con los amigos. La mujer era siempre para él un ser de otro mundo, vagamente superior e indescifrable.

Frecuentaba las casas de alterne y la idea de que una jovencita se acostara, sin preámbulo alguno, con un hombre que jamás había visto y le dejase gozar de todo su cuerpo le parecía algo extraordinario. “Qué cosa más maravillosa es la prostitución”, pensaba. En cambio, una mujer decente que se hubiera acostado con él por amor desinteresado le habría gustado infinitamente menos.

Laide tenía algo de niña; era una “ninfita”. El amor en la cama no fue algo especial y las caricias y los besos parecían formalidades burocráticas. No obstante, Antonio sintió que algo lo había tocado en lo más profundo; como si aquella muchacha fuera diferente de las habituales.

Desde el principio, Antonio trataba de averiguar algo sobre ella, pero Laide no hacía confidencias. Esto se volvió una obsesión y comenzó a acosarla con preguntas. A Antonio lo angustiaba la idea de que Laide pudiera desaparecer sin dejar rastros. Para asegurarse de que eso no ocurriera, decidió ofrecerle una suma de dinero todos los meses a cambio de verse determinados días, de mantener contactos telefónicos, etc. De este modo sabrá más de ella, podrá controlarla. En realidad, la compra, como si fuera un objeto que tiene un precio y que eso le daría ciertos derechos sobre ella. ¿Será un rasgo definitorio del amor masculino el manifestarse bajo la forma de la posesión y los celos?

La indagación permanente de Antonio no tiene límite; desea saber la verdad, toda la verdad. Es sabido que lo que el celoso busca insistentemente es la confirmación de que la traición ha tenido lugar, y se siente contrariado si le dicen que no ocurrió tal cosa. Toda relación está afectada por una incertidumbre fundamental, hecho insoportable para un celoso, que pretende alcanzar una certidumbre absoluta. Estos amores obsesivos no permiten a la persona amada conservar su libertad y su alteridad.

Lo más rechazado es el deseo de Laide, que es lo más inaprensible y la mayor expresión de la autonomía y de la independencia de ella frente a él. El deseo es lo radicalmente desconocido e incognoscible en el otro; aun en las relaciones amorosas más estrechas el amado no queda totalmente apresado en las redes de nuestro conocimiento. Esa incertidumbre tiene que ver con el deseo, que es un enigma para cualquiera. ¿Cómo saber lo que ella desea verdaderamente, más allá de lo que me dice? Lo peor de todo es que ni ella misma lo sabe, pues tiene un inconsciente. Lo que siempre se escapa es el otro y su deseo en su dimensión de alteridad. La alteridad de la otra persona está relacionada con lo otro en uno mismo, que es el inconsciente, esa ajenidad que nos divide y nos gobierna. La alteridad del otro es su reacción a su inconsciente, es decir, su alteridad para sí mismo.

El padecimiento de los celos, lejos de ser evitado, es buscado por el sujeto celoso, que frecuentemente se enamora de mujeres que le dan la posibilidad de experimentar celos. En *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, Freud se refiere al tipo de hombres que sólo pueden amar a mujeres cuya conducta sexual merezca mala fama y de cuya fidelidad se pueda dudar. Esta condición se relaciona con los celos que parecen

constituir una necesidad para el amante de este tipo. Sólo cuando puede albergarlos logra la pasión su cima, adquiere la mujer su valor pleno.

Los celos son la pasión, el martirio de Antonio. “Así como un enfermo no resiste a la tentación de rozarse continuamente la parte enferma, con lo que renueva y aviva el dolor, así también la imaginación de Dorigo no cesaba de crear escenas hipotéticas pero verosímiles con el único resultado de multiplicar su angustia...” Y Buzzati se pregunta: “¿Había tal vez una oscura complacencia en tan dolorosas fantasías?” Más que pregunta es una afirmación. Ese es el goce masoquista al que Antonio no puede renunciar.

Otro componente ligado a los celos es el sentimiento de humillación. Antonio se siente permanentemente humillado por el trato que recibe de Laide, por lo que piensen sus amigos del hecho que una prostituta le tenga sorbido el seso. Por momentos se daba cuenta de lo disparatada que era la situación en la que se encontraba y pensaba en liberarse de su esclavitud, pero inmediatamente se preguntaba ¿Qué le quedaría en ese caso? El vacío, la soledad, la perspectiva de un futuro cada vez más triste y muerto.

Los celos comportan un sentimiento de exclusión y de abandono. Separado de la pareja de la que tiene celos, el celoso se convierte en un desecho, en un residuo de ese encuentro amoroso. En este sentido, los celos se aproximan a la melancolía, pues al sentirse excluido de la relación supuesta o real de la persona amada con otro, el celoso experimenta una falta fundamental y se identifica con el objeto rechazado, sobrante, lo mismo que hace el melancólico. El amor-pasión ya no está al servicio de Eros sino de Tánatos, es decir, más allá del principio de placer.

Laide se ha convertido en el único objeto de interés para Antonio; la vehemencia de la pasión lo aliena y altera su relación con la realidad. Es así como se va desinteresando cada vez más de su trabajo, de sus amigos y de todo lo que formaba parte de su mundo. “Tú no puedes vivir sin mí”, llega a decirle Laide, segura del dominio que ejerce sobre él. Cuando la dependencia amorosa es extrema como en este caso, el amor vira hacia el odio y en casos extremos puede llegar al crimen.

Buzzati describe magníficamente qué era lo que había cautivado a Antonio, qué había descubierto en Laide que la diferenciaba de las demás mujeres. En uno de sus encuentros, ella se puso a bailar... “El chachachá no le subía por las piernas, sino por la pelvis y la columna vertebral, sometiendo al cuerpo a una como ondulación deseosa, forzada, de dar y no dar, ofrecer y lo contrario”... “Antonio, sentado, la miraba desmoralizado. ¡Qué verdadera, qué auténtica, qué hermosa era! El nunca la alcanzaría. Ella estaba fuera, era extranjera, pertenecía a una humanidad diferente, inalcanzable, era la encarnación de todo lo que no había tenido hasta entonces”... “Después se tendería en la cama, completamente entregada a él, pero, ¿de qué servía? El no amaba a la que al cabo de poco estaría acostada junto a él en la cama, era la otra criatura la que se le había metido en el cerebro”.

Antonio amaba a la criatura-otra, a la extranjera, la diferente e inalcanzable, que encarnaba todo lo perdido, todo lo no vivido. No amaba a la Laide a la que podría poseer sino a la que se define como no-poseción, a la que no pertenece a nadie, y que redime a la muchacha acostumbrada a alquilar su cuerpo, elevándola desde el mundo de sombras en que habita hacia la luz.

Al final de la novela Laide expresa por primera vez un deseo. Estando bastante somnolienta tiene lugar un breve diálogo:

“Laide.- Este mes no me ha venido la regla.

Antonio.- ¿Y qué?

Laide.- Pues nada. Yo quiero tener una niña.

O sea, que su deseo la convierte en una mujer como otras, sin misterio, simplemente en una mujer real. La “ninfita” transformada en madre es lo último que Antonio hubiera podido imaginarse. ¿Perdería así Laide su aureola de novela? ¿Dejaría de ser un enigma? ¿Dejaría de ser inalcanzable? ¿Se curaría Antonio de su hechizo? Son las preguntas que quedan planteadas al finalizar la novela.

b) El amor delirante

El amor de lo mismo encuentra su forma más extrema en la erotomanía, que es un amor alucinado en el que el otro real permanece ausente. El erotómano tiene la convicción de ser amado por otro. El amor en este caso no es algo experimentado por el individuo como resultado de una percepción interior sino de una percepción proveniente del exterior.

Se trata de una proyección invertida que según Freud tiene una función defensiva contra la homosexualidad latente, que se basaría en una serie de proposiciones sucesivas. La primera es “No es a él a quien amo. Es a ella a quien amo”. Proposición a la que luego se añade “Me doy cuenta que ella me ama”, de lo que resulta que “No es a él a quien amo. Es a ella, porque ella me ama”.

En el caso Schreber, Freud sitúa la erotomanía entre el delirio de persecución y el delirio de celos. El erotómano es un delirante en la medida que pretende tener un saber absoluto sobre el amor del otro. Este amor es puro narcisismo, un producto mental y sin cuerpo, en el que el deseo es proyectado en el otro.

A la hora de explicar la erotomanía, para Freud la homosexualidad pasa al primer plano, mientras que para Lacan esta patología no tiene que ver con la homosexualidad sino que es el efecto de una regresión tópica a la fase del espejo, en la que el otro es reducido a la propia imagen especular (S.Aparicio, 1998).

La erotomanía se presenta como una pasión solitaria que se toma por una pasión entre dos. Es la constitución delirante de una pareja de la que el erotómano es el único miembro (P-L.Assoun, 2005)

El amor y la muerte

La pérdida de un ser querido produce un profundo dolor y una desorganización de las investiduras del Yo y de los objetos. El duelo es la reacción frente a la muerte de la persona amada y produce depresión, pérdida de interés en el mundo y en otros posibles objetos de amor. El trabajo del duelo consiste en admitir la realidad de la pérdida del objeto amado, por lo que corresponde retirar la libido de sus enlaces con el mismo.

Pero no es fácil resignarse a retirar el amor al ser querido, produciéndose un conflicto entre lo que impone la realidad y la reivindicación libidinal, conflicto que en los casos

extremos puede dar lugar a un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por la vía alucinatoria. Esto demuestra la intensidad de la renuencia a aceptar la pérdida.

En los casos normales, paulatinamente se va realizando el doloroso desasimiento de la libido, que consiste en la clausura de los recuerdos y las expectativas libidinales ligadas al objeto. Lo que duele no es sólo lo que ha sido y ya no será sino también las expectativas que quedan incumplidas para siempre. Finalmente, Freud sostiene que una vez realizado el trabajo de duelo el sujeto se siente otra vez libre y desinhibido y se abre a la posibilidad de una nueva elección objetal.

Otro señalamiento que hace Freud en *De guerra y muerte* (1915b) es que con la muerte del ser amado se pone de manifiesto la alteridad de éste con respecto a uno. Descubrimos que ese ser al que nos unían tantas afinidades era otro, que era, en parte, al menos, otro desde siempre. Como lo expresa Freud, “Cada una de las personas amadas guardaba también una parte extraña”. Aquí lo otro, que nos resulta intratable y hostil, se introduce en lo mismo. Del hecho que el ser amado puede ser también alguien extraño a nosotros se desprende que la ambivalencia afectiva es universal e ineludible.

Para Freud, el gran enigma del duelo estaba relacionado con su dificultad para comprender por qué el objeto perdido permanece investido y es tan doloroso su desprendimiento libidinal. Años más tarde, en *Inhibición, síntoma y angustia*, piensa que lo que ocurre es que la representación del objeto perdido recibe una intensa investidura, que no cesa de aumentar y que no es inhibible, por lo que tiene un efecto de succión y vaciamiento del Yo, que debe movilizar defensas extremas para frenar la hemorragia libidinal. El dolor de la pérdida es un dolor de amor y se debe a la intensa investidura de añoranza en el curso de la reproducción de los recuerdos y las situaciones en que debe ser desasida la ligazón con el objeto.

El dolor es, pues, correlativo del trabajo de desligazón de las representaciones del objeto que ha sido amado, desprendimiento que reabre la herida. Lo doloroso del duelo es continuar amando cuando la realidad muestra categóricamente que lo que amamos ya no existe. Ortega y Gasset dice que el acto de pensar y el de voluntad son instantáneos: su ejecución acontece en un abrir y cerrar de ojos. En cambio, el amor se prolonga en el tiempo; no se ama en una serie de instantes súbitos sino que se está amando lo amado con continuidad. El amor —dice— es una fluencia, un chorro de materia anímica, un fluido que emana con continuidad como de una fuente (J.Ortega y Gasset, 1939) A ese fluido Freud lo llamó libido, concebida también como un empuje constante, cuya emanación cae en el vacío cuando se ha perdido al objeto, produciéndose una hemorragia libidinal que impide toda posibilidad de ligazón y que hay que tratar de detener para evitar graves consecuencias.

En la melancolía también se observa una depresión profundamente dolorosa, a la que se añaden otros rasgos particulares de esta afección, como la internalización del objeto irremplazable y eterno en el Yo, que prosigue allí su existencia. El Yo se sacrifica al transformarse en lo que se perdió. Freud encontró que lo que diferencia en última instancia a la melancolía del duelo normal es que en el melancólico existe previamente una elección de objeto narcisista, debido a la cual la pérdida del objeto es experimentada no como una pérdida en el mundo sino en el Yo.

En la melancolía hay fuerte fijación al objeto narcisista y frágil investidura del objeto en tanto que alteridad, de la que el melancólico no quiere saber nada. La alteridad refuerza la resistencia de la investidura de objeto, en tanto que condición del éxito del trabajo de duelo. Éste es posible si se sostiene la alteridad del objeto, mientras que la identificación con el mismo puede explicar la imposibilidad de realizarlo (M. Turnheim, 1999) De lo antes expuesto se desprende que la posibilidad del duelo depende de que la relación con el objeto perdido esté previamente constituida en el psiquismo.

En el duelo neurótico puede producirse una identificación con el objeto perdido, lo que significa que una elección de objeto regresa temporalmente a la identificación, que es la forma más primitiva de vínculo con otra persona. Pero una parte de la libido de objeto resiste a esta conversión en narcisismo. El mantenimiento de la investidura del objeto puede coincidir con una identificación en proporciones variables, pero debe prevalecer para que el duelo llegue a su término.

El trabajo de análisis lleva implícito el trabajo contra la identificación, en el sentido que es un proceso de separación y diferenciación. El duelo es opuesto a la identificación, ya que ésta sutura. El Yo se constituye solamente perdiendo al objeto, mientras que en la melancolía el Yo es devorado por el objeto, sentido como irremplazable.

Duelo y melancolía deja la impresión de que Freud pensaba que el trabajo del duelo podía realizarse completamente y que el Yo recuperaba su libertad y su deseo al sustituir a un objeto por otro. Esto hace pensar que el duelo, una vez elaborado, no dejaría ningún resto en el psiquismo, pues el objeto quedaría totalmente desinvertido y las investiduras podrían ser desplazadas a otros objetos.

Algo muy distinto es lo que va a afirmar en una carta escrita a L. Binswanger, que acababa de perder un hijo, el 11 de abril de 1929, fecha en que se cumplía el décimo aniversario de la muerte de su hija Sofía. En ella expresa lo siguiente: “Se sabe que después de una pérdida tal el duelo agudo se terminará, pero permaneceremos inconsolables, pues la pérdida será para siempre irremplazable. Todo lo que venga en su lugar, aun colmándolo completamente, nunca será lo mismo. Y, en el fondo, está bien que sea así. Es la única manera de perpetuar el amor que no se quiere abandonar”. (S. Freud, 1929)

En esta carta Freud admite que la sustitución de un objeto por otro nunca es completa y que aunque el duelo se termine no lo hace sin dejar un resto, que la persona que viene a ocupar el lugar del ser amado será siempre otra y que no hará olvidar al objeto perdido, al que el Yo se resiste a desinvertirlo totalmente.

¿Será cierto, entonces, que para el amor no existen las fronteras de la muerte?

Fuente: [Asociación Psicoanalítica del Uruguay](#)